

Café Bar Laguna - Avenida Eva Perón y Laguna

15/03/13

Registro de Campo (Jimena)

Me acerqué al Café debido a que desde fuera tiene una estética “tradicional” y por dentro parecía tener o continuar la misma estética. Llegué a las 10:30hs de la mañana. El café bar se encuentra en una zona muy transitada, sobre la Avenida Eva Perón, a una cuadra de un cruce muy utilizado por automóviles, camiones, camionetas, colectivos de varias líneas, etc. Además, también hay cerca (una cuadra) una dependencia del ANSES, lo cual genera un gran movimiento de personas caminando.

Generalmente, por la mañana se observan varones mayores de 60 años, algunos solos, leyendo diarios, o sino en grupos de 2 a 4 personas pero más no. De hecho, muchas veces, se observan parejas tomando café o bebiendo alguna gaseosa, siendo que la edad permanece estable, es decir, entre los 55 años y los 70.

Muchas veces, al pasar por el café, especialmente en los momentos cuando no hay muchas personas (después de las 11:30 y hasta las 14hs aproximadamente), observé al dueño/encargado sentado en una de las mesas con los “habitues”. Es de destacar que el café abre a las 9hs y cierra a las 18hs, con lo cual, los horarios de participación en el café son muy acotados.

El dueño, hace además de mozo. Si bien a veces se viste con el guardapolvo “típico” de mozos, hoy tiene un pantalón de trabajo azul, camisa a cuadrillé y un pullover. Pareciera tener entre 50 y 70 años, canoso, medio pelado y un tanto gordito.

Cuando llego estaba sólo, sentado en una de las mesas, con diversos papeles y una carpeta. No había nadie más en el café. Estaba como revisando papeles. Cuando entro, le pido un café con leche con 2 medialunas, me dice que medialunas no le quedaron, que tiene facturas. Me dice que elija, tomo dos de crema pastelera. Él comienza a hacer mi café.

Me siento en una mesa sobre la ventana, que da a la avenida. El local está en una esquina, tiene dos ventanales grandes sobre la avenida, con ventanas que abren hacia arriba (de madera). Al ancho de los ventanales ocupa el largo del local. La esquina, por donde se entra, es la única puerta combinada con un ventanal. Siguiendo para Laguna, hay una pequeña ventana que permite la ventilación de la cocina. Hay mucha luz natural de hecho, no hay lámparas encendidas (en realidad tubos fluorescentes colocados sobre las paredes).

En el medio del local, en el techo, hay un ventilador blanco.

El lugar en sí tiene aspecto de descuido, las pinturas de las paredes están manchadas con suciedad. Tienen un color medio amarillo pero desgastado por el tiempo y la suciedad. A pesar del aspecto, el lugar está limpio, pero en su conjunto pareciera descuidado, lo que le da un aspecto de “sucio”.

El piso tiene baldosas claras y anaranjadas, haciendo tipo “damero”, en cuadriculado.

Las mesas y sillas, en general, son de madera, algunas sillas están rotas (por ejemplo: falta el respaldo o está medio roto) y no todas son iguales, de hecho, donde estoy sentada es de caño, con un respaldo alto y de color negro. Las mesas están cubiertas por manteles negros con un sobre mantel de cuerina blanco, lo que combina con los colores del lugar. Una de las paredes es de color verde.

Tiene un mostrador, o barra, de madera que ocupa un costado del local y que separa las mesas de la cocina (la cual se puede ver casi desde todo el café). No hay una pared que separe el café de la cocina, sino que forman un todo. Se observan dos heladeras, una de ellas, un freezer que está por delante y debajo del mostrador. Si uno se acerca a la barra, puede ver toda la cocina: compuesta por una pileta, una mesada, una cocina grande sobre la cual hay una campana muy grande (está preparado como si hubiese sido una parrilla).

Tiene dos baños chicos. Sobre una de las paredes, que divide el baño de “damas” del de “caballeros” hay una gran bandera argentina colgada en forma vertical. Lo cual llama mucho la atención, especialmente cuando se ingresa al café dado que se encuentra enfrente de la puerta.

Sobre varias de las mesas hay diversos ejemplares de Clarín. De hecho, en un momento entró un señor, mayor de los 60 años, se sentó, leyó el diario y cuando terminó se levantó y se fue, sin consumir nada.

Antes de que se fuera el señor que estaba leyendo el diario, ingresa otro, de la misma edad aproximadamente. Saluda al dueño y al que estaba leyendo sentado, se acerca a la barra, toma un plato redondo chico y le pide un cortado al dueño, que se encontraba detrás de la barra en ese momento. Antes de sentarse, se acerca al señor que estaba leyendo el diario y se lo pide, éste le responde que lo estaba leyendo, que no había terminado, entonces el primero le pide disculpas y le dice “pensé que sí había terminado”. Siempre la conversación fue en tono familiar. El segundo señor toma asiento cerca de la barra, como “esperando”, con el plato en mano.

Cuando se va el señor que estaba leyendo, el segundo señor se acerca a la mesa que había dejado el otro, toma el diario y se vuelve a sentar en la mesa que estaba. De repente, éste señor y el dueño comienzan a hablar de actividades que hicieron la noche anterior de manera independiente. El dueño le cuenta sobre lo acontecido con su familia. Tenían una conversación de amigos.

[Nota: en un momento, mientras espero mi café y antes de que ingresen ambos señores, entra una señora de unos 60 años con un carrito “de compras” (o changüito) y un racimo de verduras verdes (presumo acelga) en otra mano. Saluda al dueño por su nombre –que en ese momento estaba sentado–, deja el carrito al lado de una de las puertas del baño y sigue hacia la cocina. Le pregunta desde la cocina qué quiere comer, éste le responde “tarta” y ella se pone inmediatamente a cocinar. Un rato después se escuchan golpes como si estuviese cortando algo y minutos después comienza a olerse a frito].

La señora, el dueño y el señor sentado (ya se había ido el otro) hablan de cuestiones personales, íntimas, sobre sus hijos, sus familias, etc. Se puede “sentir” la familiaridad con la que se tratan,

los temas que tocan hasta la forma de expresarse y gestualizar los hechos que narran. De repente, el dueño se va, sale del café, y nos quedamos la señora en la cocina, el señor y yo. Ambos, excepto yo, continúan su charla, como si nada. Pasan unos minutos y el señor sentado se levanta, toma una factura del mostrador y vuelve a su lugar.

Al rato, habrán pasado más de 20 minutos, vuelve el dueño y el señor le dice “Jor, me agarré la última factura, cuanto te debo?”. El dueño le dice algo y el señor se levanta para pagarle. Quedan un rato charlando ambos sobre el mostrador y el señor después se va. El dueño continúa hablando con la señora.

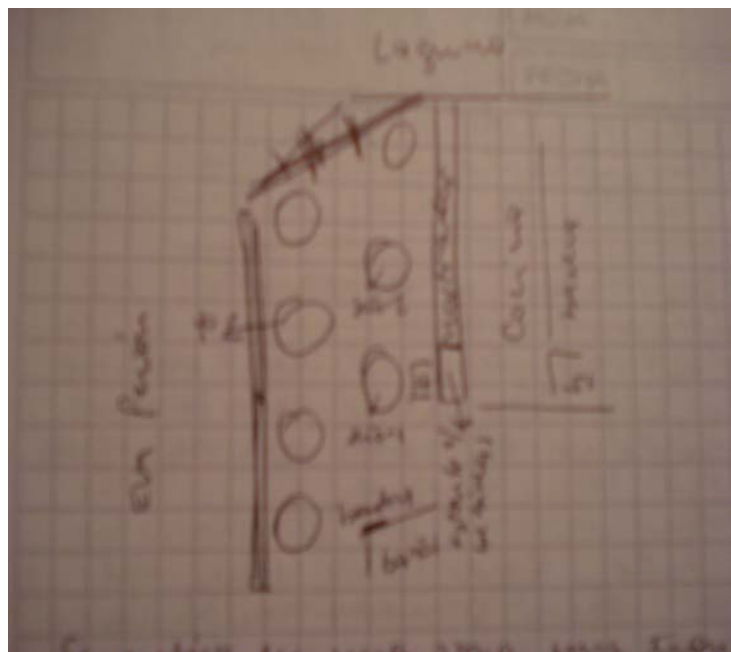
Es interesante que varias veces entraron hombres y mujeres (todos mayores de 50 años) saludaban y seguían su camino. En un momento entra una señora y la “cocinera” le dice “ya estoy haciendo tu comida, me esperás a que termine?”, la señora le responde que sí y se sienta en una de las mesas a esperar. Cuando la cocinera le entrega su comida, se va. Seguidamente entra una chica, de unos 35 años y le pide una comida a la cocinera, ésta le dice si la puede esperar y la chica, que responde que sí, permanece apoyada en la barra, esperando. La cocinera le pregunta si tiene el teléfono del café, la chica le dice que sí.

Sigo observando el lugar. En una de las paredes, sobre una punta del mostrador, hay un calendario con fotos de mujeres en ropa interior (muy de ambiente masculino pensé).

De repente, la chica que estaba esperando, se pone a hablar por teléfono. Mientras habla, le pregunta a la cocinera por un menú y cuanto sale. La cocinera le responde “decile que tiene (tal cosa)”.

Uno de los tantos señores que ingresaban, saludaban y salían vuelve a entrar al café. Esta vez ingresa con bolsas de compras, y una de ellas, la deja en el mostrador. La cocinera le agradece por las compras y le pregunta cuánto salió todo.

Todos se conocen y llaman por sus nombres (incluso por apodos). Entran y salen permanentemente, charlan, se “cargan”, ríen y continúan charlando hasta que de repente se van.



Dibujo/croquis del espacio del Bar, distribución de mesas O y demás.

Como mencionaba al inicio, el café se ubica en una zona muy transitada, el ruido del exterior es fuerte. No hay otros sonidos que los de afuera y los de la cocina, además de las charlas entre quienes entran y salen del café.

Sobre las ventanas hay carteles que dicen “CAFE BAR”, “MINUTAS”, “SANDWICHES”.

Mientras estoy describiendo el lugar, continúan las personas entrando y saliendo. En un momento entra un señor, se queda charlando sobre el mostrador con la cocinera, el dueño y el señor sentado. Ingresan otros al rato, se saludan y éste permanece en el mostrador con los otros. De vez en cuando, mientras charlan, “ojean” los diarios, parados, sin dejar de hablar.

Todos son mayores de 50 años. Resulta muy interesante la familiaridad e intimidad con la que se tratan. Todos siempre cerca del mostrador. De hecho, la única persona que estaba “alejada” era yo. Soy más como una extranjera, en todos los aspectos. Cuando decido irme, me levanto, acerco el café al mostrador y le pregunto a la cocinera cuánto es. Me dice que no está segura y me dice un precio. Le pago. Justo entra el dueño y le confirma el valor del café. Me despido. Eran las 12hs.